

Infalibilidad: ¿Puede equivocarse un verdadero profeta?

El debate teológico de la “infalibilidad” y la “inerrancia” está agitando las mentes y los corazones en el cristianismo evangélico de hoy, especialmente cuando estas cuestiones se relacionan con el asunto de la inspiración profética. Gran parte de la discusión gira en torno de consideraciones semánticas,^{114[114]} y está relacionada bastante estrechamente con la teoría de la inspiración verbal. No obstante, hay preguntas importantes que necesitan ser formuladas (y respondidas), tales como: ¿Puede equivocarse un profeta? ¿Cumplen las predicciones de un verdadero profeta el ciento por ciento de las veces? ¿Puede un verdadero profeta tener que cambiar de lo que él o ella haya escrito o dicho?

Webster define *infalible* como “1: incapaz de error: inerrable; 2: no responsable de extraviar, engañar, o defraudar, seguro; 3: incapaz de error en la definición de doctrinas tocantes a la fe o a la moral”.^{115[115]} El, además, interpreta *inerrable* como “libre de error: infalible”.^{116[116]}

El problema de la infalibilidad surge debido a que las Escrituras afirman ser más confiables que las producciones literarias corrientes de autoría humana.

Como se señaló en el capítulo 1, “toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 tim. 3:16). Esta no es susceptible a la “interpretación privada”, puesto que el mensaje no se originó por iniciativa o inventiva privada. En cambio, “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21). Por lo tanto, dijo Pedro, “hacéis bien en estar atentos” a ella (vers. 19). En el que bien podría haber sido el primer libro escrito del Nuevo Testamento, Pablo, con el

mismo Espíritu que el de Pedro citado anteriormente, amonestaba a los cristianos tesalonicenses: “no apaguéis el Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tes. 5:19-21).

¿Por qué? Pedro responde: porque tenemos una palabra “más segura” de escritos proféticos (2 Ped. 1:19). Los traductores más recientes han traducido este pasaje: “hace más seguro el mensaje”,^{117[117]} “nos confirmamos más aún en la palabra profética”,^{118[118]} “hemos visto confirmada la palabra de los profetas”,^{119[119]} “algo más firme”,^{120[120]} y “hace más firme”.^{121[121]}

La problemática, entonces, no es la singularidad de los escritos inspirados por ser “más seguros” que los escritos no inspirados; más bien es, ¿cuál es la esencia de esta “mayor seguridad”? ¿En qué sentido son estos escritos “más seguros”?

Entre los cristianos evangélicos y entre los adventistas del séptimo día pueden encontrarse algunos posibles modelos analógicos:

1. **La teoría de “la camisa de fuerza”**: este concepto sostiene que el control del Espíritu Santo sobre el profeta durante el proceso de la inspiración es tan rígido, y tan ajustado, que el profeta está imposibilitado de cometer cualquier tipo de error.

Esta posición es bien ilustrada en las palabras de un evangelista adventista del séptimo día en un sermón en que presentaba a Elena de White a no adventistas:

Y de paso, las predicciones de Elena de White han sido todas correctas hasta este preciso instante. A los mediums les gusta hablar acerca de sus índices de aciertos. Se muestran orgullosos si aciertan el setenta y cinco u ochenta por ciento de las veces.

(¡Escuchen!) Un profeta de Dios con un índice de aciertos? ¡Nunca! Un profeta de Dios está en lo cierto el ciento por ciento de las veces o no lo está por completo.

Y otra cosa más: un profeta de Dios no cambia su parecer.

Pienso que ustedes están comenzando a ver la diferencia entre un profeta - un verdadero profeta- y un médium.

Aquí se presentan tres postulados: (a) el verdadero profeta tiene un CPP (cociente de precisión profética) del ciento por ciento, mientras que los médiums (y los falsos profetas) tienen normalmente sólo un 75-80 por ciento de CPP; (b) si un profeta de Dios no está en lo cierto el ciento por ciento de las veces, él o ella no está en lo cierto *ninguna* de las veces; y (c) un verdadero profeta nunca tiene que volverse atrás y cambiar algo de lo que escribió o dijo en su capacidad profesional como profeta.

Esta posición toma prestado mucho de la filosofía básica de la inspiración, sostenida por el autor de una popular biografía de Elena de White publicada hace algunos años:

Un *verdadero profeta* [el énfasis está en el original] no recurre a ninguna muleta mental o “espiritual”; más bien, no tiene grado de libetar para sintonizar ni para controlar los impulsos ni los recuerdos proféticos. Estos impulsos le son impuestos por un Ser personal sobrenatural que tiene conocimiento absoluto tanto del pasado como del futuro, y no hay posibilidad alguna de error o cálculo humano equivocado.^{cxxii[122]}

2. La teoría de la “intervención”: esta concepción sostiene que si por su humanidad un profeta de Dios se equivoca, y la naturaleza de ese error es lo suficientemente seria como para afectar materialmente (a) la dirección de la iglesia de Dios, (b) el destino eterno de una persona, o (c) la pureza de una doctrina, entonces (y sólo entonces) el Espíritu Santo lleva inmediatamente al profeta a corregir el error, de modo tal que no se produzca daño permanente.

Esta posición puede encuadrar en la realidad objetiva de la Escritura y de los escritos del espíritu de profecía de Elena de White. Pero antes de que apliquemos la prueba ácida a estas dos teorías, debiéramos detenernos a examinar la naturaleza y el origen de estas creencias religiosas.

Hay algunas preguntas profundas que son de importancia aquí: (1) ¿Cuál de las dos teorías cree Ud.? (¿o tiene una tercer teoría a la cual adherirse?), (2) ¿Por qué cree en ella? Esta segunda pregunta puede ser aún más importante que la primera.

¿Está basada su creencia en una fuente de confianza? (Algún predicador favorito, pastor, profesor de Biblia o erudito bíblico, y debido a la elevada consideración hacia esta persona, Ud. ha aceptado lo que se le dijo, sin cuestionarlo.) ¿O sostiene Ud. su creencia debido a que ha confirmado objetivamente su postura?

En los días de Pablo, a los creyentes cristianos de Berea se los conceptuó como “más noble” que los de Tesalónica, por dos razones muy interesantes que son de gran relevancia para nosotros en esta discusión:

1. 1. Recibieron las palabras de Pablo “con toda solicitud”. Es decir, estaban

abiertos para recibir nueva luz, no tenían mentes cerradas.

2. 2. Escudriñaban “cada día las escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hech. 17:11). Es decir, confirmaban lo que habían oído antes de aceptarlo. No aceptaban lo que se les decía incautamente, sin sentido crítico y sin verificarlo personalmente en la Palabra de Dios.

Se le podría haber perdonado a Pablo si hubiera dicho a las bereanos: “No sólo soy un profeta inspirado del Señor, sino que tengo el don espiritual más elevado, el del apostolado. Ustedes no necesitan comprobar lo que les he dicho; la mayor autoridad proveniente de Dios sobre esta Tierra”.

Pero él no les dijo eso. Los alabó, un cambio, por no tomar simplemente su palabra como verdadera, sino dirigirse a los escritos previamente inspirados para verificar lo que él había dicho.

Confirmando la verdad

¿Cómo debiéramos confirmar la verdad? ¿Contando cabezas y aceptando la posición que atrae al mayor número de adherentes? Difícilmente.

¿Cuál es la mejor manera de determinar la hora exacta del día? Si Ud. le pregunta a alguien “¿qué hora es?” y le dicen “son las 3:10 h.”, “¿Cómo sabe que está en lo cierto? Y a propósito, si Ud. le pregunta la hora a varios individuos, puede tener tantas respuestas diferentes como personas con relojes. Además, cada persona probablemente supondrá que la suya es la única hora correcta si otros no concuerdan.

Muchas comunidades tienen un número telefónico que uno puede discar para saber la hora exacta del día. Algunas redes de radio y televisión tiene una señal que puede oírse a la hora exacta, superpuesta a la voz del locutor que están dando las letras identificatoria de la estación.

Para la mayoría de nosotros confirmar la hora del día puede ser crucial. Si estamos fuera de la hora uno o dos minutos puede no ser demasiado importante. Pero confirmar la verdad espiritual puede ser de importancia eterna.

¿Y cómo confirma Ud. la verdad? La respuesta de Jacques Bénigne Bossuet, obispo francés y predicador de la corte de Luis XVI en el siglo decimoséptimo, es oportuna. Luis era amante del teatro, y a menudo habían ordenado representaciones en su corte. Bossuet, por el contrario, era ampliamente conocido como opositor del teatro por ser perjudicial para el desarrollo del carácter cristiano y por ser un instrumento del mal.

Cierta día, cuenta la historia, durante un intervalo en los actos de la corte, Luis miró a su alrededor y, viendo a Bossuet afuera, lo llamó en alta voz: “mi obispo, ¿qué piensa de mi teatro?”

Los cortesanos quedaron expectantes, pues conocían las opiniones de ambos. Y también conocían el peligro de dar un veredicto contrario a la opinión real. El ofensor, cómo mínimo, podía ser expulsado de la corte (que para estos aduladores era una suerte casi peor que la muerte); o lo que es peor, podían ser enviados a la guillotina.

Todos aguardaban sin aliento la respuesta de Bossuet, preguntándose si él encontraría la salida conveniente al dilema (basada en la teoría de que es mejor un cobarde vivo que un héroe muerto), o si arriesgaría todo al manifestar la convicción de su corazón.

Adustamente, Bossuet se fue acercando a la presencia inmediata del Rey Sol, se postró y dijo con gran dignidad: “Señor, Ud. me ha preguntado qué pienso del teatro.

Le diré, Señor, lo que pienso. Hay algunas grandes personas a favor de él... y hay algunas grandes razones en contra de él”.

Lo mismo podría decirse de la teoría de “la camisa de fuerza” de una “mayor seguridad”. “Hay grandes personas a favor de ella, pero hay algunas grandes razones en su contra”. ¿Cómo lo determina Ud.? La corroboración es potencialmente un proceso doloroso, pues los hechos a veces nos obligan a cambiar opiniones tradicionales altamente apreciadas. Pero es una necesidad intelectual para cualquiera que sostenga que la verdad debe ser tan importante como la vida misma.

Es importante que cada uno de nosotros sepamos qué creernos, también por qué lo creemos.

En el capítulo 1 señalamos la declaración de Pablo de que “tenemos este tesoro en vasos de barro” (2 Cor. 4:7) y la observación de Elena de White de que “en la obra de Dios por la redención de hombre se combinan la divinidad y la humanidad”^{cxxiii[123]}. Jesús era tanto hijo de Dios como Hijo del hombre, y esta misma unión de lo divino y lo humano existe también en la Biblia. El “tesoro” consta de verdades reveladas e inspirada por Dios; los “vasos de barro” (el envoltorio humano) son las palabras de los hombres, escogidas por ellos para comunicar la verdad divina.^{cxxiv[124]}

El “tesoro” (la verdad o el mensaje dado por Dios) no solamente es “revelación infalible de su voluntad”, sino que tiene también “autoridad absoluta”^{cxxv[125]} (normativa y obligatoria para el cristiano). Comentando sobre la cuestión de la infalibilidad, Elena G. de White escribió: Sólo Dios es infalible”.^{cxxvi[126]} “El hombre es falible, pero la palabra de Dios es infalible”.^{cxxvii[127]}

Respecto de los “vasos de barro”, el lado humano de la ecuación, la Sra. White añadió: “todo lo que es humano es imperfecto”,^{cxxviii[128]} y “ningún hombre es infalible”.^{cxxix[129]}

Algunos han tropezado con el hecho de que existen imperfecciones en los escritos de Elena de White. Los ejemplos citados por los críticos influyen su cifra incorrecta de los aliados de Abraham; su declaración inicial de que Dios les ordenó a Adán y Eva que no tocara el fruto prohibido, y que más tarde cambió para afirmar que éstas eran las palabras de Eva; su declaración de que solamente ocho almas recibieron el mensaje de Noé, contradicha en otro lugar por su afirmación de que hubo otros que creyeron y que ayudaron a construir el arca; y su referencia al servicio diario del viejo tabernáculo^{cxix[130]}, la cual no cuadra enteramente con la referencia dada en el Pentateuco.

Algunos críticos han ido más allá al preguntar si estas imperfecciones, estas imprecisiones, este motivo de desconfianza, no son una razón suficiente para no fundamentar ninguna doctrina sobre sus escritos.^{cxixi[131]}

No hay acusación que pueda ser dirigida a Elena G. de White en su rol profesional como profeta, que no pueda y no haya sido dirigida primeramente contra los escritores de la Biblia por los denominados “altos críticos”, sea que estas acusaciones señalen declaraciones equivocadas de hecho, el copiar de escritores no inspirados (acusación que se examina en detalle en el capítulo 1), profecías no cumplidas, o el tener que retractarse de declaraciones hechas en alguna ocasión anterior.

No pretendemos más de la Sra. White de lo que pretenderíamos de los escritores bíblicos; pero tampoco pretendamos menos (por razones que serán discutidas con detalle en el capítulo 3).

Volvamos ahora a la afirmación directa de Pedro: “Tenemos también la palabra profética más segura”. Examinemos, para ver si somos capaces de determinar cómo opera esta “mayor seguridad” (o cómo no opera).

La inerrancia y la vida personal del profeta

Las evidencias históricas y de la Escritura testifican que el control del Espíritu Santo sobre la vida de los profetas no les impide ejercer su libertad para pecar. Si “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23), esto supuestamente incluye también los profetas. Para verificarlo, necesitamos examinar individualmente sus vidas tal como están registradas en un escrito sagrado, a fin de descubrir la naturaleza y el alcance de sus pecados de omisión y comisión.

Uno de los profetas más tempranos que se menciona en las Escrituras es Abraham (Gén. 20:7). Los escritores canónicos del Antiguo y del Nuevo Testamento reiteradamente lo llaman el padre de la fe, y en verdad, tanto los judíos (mediante Isaac) como los árabes (mediante Ismael) lo consideran también su ancestro directo.

Abraham fue constituido no solamente progenitor de gente demasiado numerosas de contar, y no solamente le fue dada la relación especial con Dios representada por el papel y el oficio de un profeta, sino también le otorgado (por Jehová mismo) el título de “Abraham mi amigo”.^{cxixii[132]} (En el Corán, escrito por Mahoma en Arabia, este título se expresa como *El Khalil*. Los filólogos islámicos afirman que esta palabra árabe, un idioma señalado por sus matices y sus delicadas distinciones de significados, no debiera traducirse simplemente como “amigo” sino más bien como “amigo *muy especial*”).

¿Qué clase de hombre era el “amigo muy especial” de Dios? En Génesis 12 encontramos a Abraham y a su esposa Sara en Egipto. Puesto que Sara es una mujer muy hermosa, Abraham teme que faraón desee añadirla al harén real, y mate a Abraham a fin de preparar el terreno para esta conquista. Así es que Abraham persuade a Sara para que declare que es su hermana, en lugar de su esposa.

Ahora bien, Sara en verdad era media hermana de Abraham, de modo que lo que ella dijo era una media mentira; pero ella era también su esposa completa. Y lo que es verdad a medias es mentira completa, pues la intención es engañar. Dios intervino en esta situación de un modo destacable para proteger la vida de su amigo; y se les permitió a Abraham y a Sara abandonar Egipto sin ser molestados, con todas sus posesiones intactas.

Pero ocho capítulos más adelante, En Génesis 20, encontramos que se repite la misma historia, y con los mismos resultados. Dios tuvo paciencia con su amigo muy especial, así como tiene paciencia con nosotros. ¡Pero uno de algún modo tiende a esperar un comportamiento un poco más elevado de parte de los profetas! Seguramente Abraham debiera haber aprendido una lección la primera vez. Pero no lo hizo, como a menudo nosotros no lo hacemos.

Abraham no solamente fue un “real mentiroso” en dos ocasiones, sino que también pecó en consentir a la propuesta de Sara de tomar a Agar como una esposa secundaria con el propósito de “ayudar” al plan de Dios de hacer de Abraham una prole tan numerosa como la arena del mar y las estrellas del cielo.

Sara estaba fuera de la edad de las mujeres fecundas (Gén. 18:11); y no creyendo que Dios realizaría un milagro, procuró una solución naturalista. Pero al tomar a Agar, una de las siervas de Sara, como su esposa, Abraham demostró una seria falta de fe. Dios se había propuesto que Isaac sea un niño “milagro”, porque de varias formas iba a ser un tipo de Cristo. Y aún cuando la conducta de Abraham y Sara era aceptada por las normas culturales de aquel entonces, era contraria al plan de Dios. Pablo emplea esta ilustración en Gálatas 4 para alegorizar mediante Agar la salvación por las obras, y con Sara la salvación por la fe.

A propósito, la gravedad de la falta de fe de Abraham en esta cuestión es

subrayada por un profeta más reciente. Debido a que no confió en que Dios produciría un niño milagro, sino que en vez de eso, tomó a Agar como su esposa, algunos años más tarde Abraham fue llamado a ofrecer a Isaac como sacrificio humano sobre el monte Moriah. Elena de White escribió: “si él hubiera soportado la primera prueba y hubiera esperado pacientemente el cumplimiento de la promesa en Sara, ... no habría estado sujeto a la prueba más difícil que se haya requerido jamás de hombre alguno”.^{cxxxiii[133]}

Bastante hasta aquí para *El Khalil*, el amigo de Dios.

El nieto de Abraham, Jacob, un profeta, también fue un pecador. De hecho, su propio nombre tuvo que ser cambiado a Israel después de su conversión porque su antiguo nombre significaba engañador o suplantador; y Dios no podía tener un profeta andando de un sitio para otro con esa clase de nombre en una época cuando el poner un nombre tenía una importancia mucho mayor que en los tiempos modernos.

Luego vino David. Dos veces en la escritura, uno en el Antiguo Testamento y otra en el Nuevo, David recibió el título de “un varón conforme a su corazón” [de Dios] (1 Samuel 13:14). (Véase además Hechos 13:22), ¿Y qué clase de hombre fue? Bien, entre otras cosas, primeramente cometió adulterio con Betsabé, y luego asesinó a su esposo Uriás, en un esfuerzo por encubrir el hecho (2 Samuel 1). ¿Es esa la forma de comportarse de un profeta, y en especial la de uno tan cercano al corazón de Dios?

De paso, las experiencias de Abraham y David han sido utilizadas en tiempos recientes por cristianos equivocados para excusar la poligamia, entre otros pecados. No obstante permanece la pregunta, ¿fue Abraham amigo de Dios y fue David un hombre conforme al corazón de Dios debido a sus pecados, o más bien a pesar de ellos?

Aunque los profetas fueron todos pecadores (y algunos de ellos sensacionales en eso), ¿sus pecados no invalidaron su don profético!

Jeremías se quejó, acusando equivocadamente a Dios (cap. 12:1; 15:15-18). Jonás (cap. 1:3) como Elías (1 Reyes 19) huyeron del deber. Y luego hubo un Pedro.

Pedro negó a su Señor tres veces con sucios juramentos de pescadores que no habían manchado sus labios por tres años. Jesús lo perdonó y lo restauró al ministerio evangélico, y además le concedió el don de la inspiración profética. ¿Y vivió luego Pedro una vida moralmente impecable y resta de allí en más? No.

Con posterioridad Pedro fue culpable de una enorme hipocresía. Con los cristianos gentiles él era el epítome de la amistad; pero en ciertas ocasiones en que los judíos estaban presentes, Pedro atendió a sus estrechos prejuicios chauvinistas no otorgándoles a los gentiles el mismo calor de compañerismo cristiano que les hubiera brindado en privado. Este, en verdad, fue un problema moral tan serio, que el apóstol Pablo se vio obligado a reprender a Pedro de un modo bastante directo y en público (Gálatas 2:11-14). Y Pedro era un profeta.

Bien, ¿Qué con respecto a Elena de White? Ella escribió cierta vez: “Sólo Dios y el cielo son infalibles... Acerca de la infabilidad, nunca pretendí tenerla. Sólo Dios es infalible”.^{cxxxiv[134]}

Un crítico reciente encontró culpable a Elena de White de tres pecados (si no crímenes) en su informe: (1) era ladrona literaria, pues la acusó de robar de los escritos de otros; (2) era mentirosa, pues supuestamente pretendía que esos escritos eran de su propia pluma cuando no lo eran; y (3) ¡ella y su esposo Jaime fueron considerados como explotadores descarados y oportunistas que escribían para un mercado seguro, cautivo, con el propósito de enriquecer las fortunas de sus propias familias!^{cxxxv[135]}

Ahora bien, supongamos por un momento que las peores acusaciones de los críticos acerca de Elena de White absolutamente ciertas. Aunque estas acusaciones han sido contestadas con abundante detalles,^{cxxxvi[136]} supongamos momentáneamente lo

peor por motivo del argumento. Si Elena de White fuera culpable como se la acusa, ¿invalidaría esto su don profético?

Y la respuesta llega rápidamente: no (no a menos que Ud. desee invalidar el don profético de Pedro, el don profético de Jonás, el don profético de Elías, el don profético de Jeremías, el don profético de David y el don profético de Abraham, entre otros).

Debemos ser consecuentes y tratar a Elena de White exactamente como lo haríamos con cualquier otro profeta de los tiempos bíblicos. Si no arrancamos de nuestra Biblia los Salmos escritos por David, las profecías de Jeremías y Jonás, y las dos epístolas de Pedro, entonces no tenemos derecho de desechar los escritos de Elena de White.

La historia y las Escrituras testifican que el control del Espíritu Santo sobre la vida de los profetas no les impidió ejercer su libertad de pecar, ¡y sin embargo sus hechos pecaminosos no invalidaron su don profético!

En cuanto a este punto, probablemente alguien afirme que Pedro no dijo que tenemos la vida profética más segura, sino más bien, que tenemos la palabra profética más segura. ¿Qué decir acerca de las palabras del profeta?

La inerrancia y las palabras proféticas del profeta

Cuando examinemos las declaraciones de los profetas bíblicos y modernos, aparecen tres clases de “problemas”, en los que se han suscitados interrogantes importantes: (1) profecías no cumplidas; (2) errores sin trascendencia en detalles menores e insignificantes; y (3) grandes errores sustanciales. Analicemos en forma sucesiva y con detalle a cada uno.

Profecías no cumplidas

Hace uno meses atrás estuve dando una serie de clases y reuniones públicas en una de nuestras instituciones educativas de la costa del Atlántico. Finalizada la presentación del jueves de tarde, un obrero denominacional de este colegio me preguntó si podía hablar conmigo en privado. Lo invité a mi pieza de huéspedes, en donde conversamos por más de una hora.

Tan pronto como se sentó, comenzó: “Realmente deseo creer en Elena de White como profeta del Señor legítima y auténtica”. Podría decir que por el tono de su voz, él no solamente era profundamente sincero, sino que además estaba seriamente preocupado.

“Bueno”, respondí. “¿Hay algún impedimento para que su deseo se cumpla?”

Sin responder directamente mi pregunta, continuó: “¿No es el cumplimiento de lo predicho una de las pruebas bíblicas de un verdadero profeta?”

“Oh, sí”, sonreí. “cuando solía dar clases de orientación profética en California y Nigeria, examinábamos las cuatro pruebas: (1) las palabras del ‘profeta’ bajo escrutinio deben concordar con las revelaciones inspiradas previas y conocidas, provenientes del Señor (Isaías 8:20); (2) la prueba de los frutos debe aplicarse tanto a la propia vida del profeta como a la de aquellos que siguen al profeta (Mateo 7:16, 20), (3) el profeta debe dar testimonio de que Jesús era el hijo de Dios divino – humano, encarnado (1 Juan 4:1-3); y (4) las predicciones del profeta deben cumplirse.

“Esta última prueba”, le dije a mi interrogador, “se menciona dos veces en el Antiguo Testamento. Jeremías (Cap. 28:9) la presenta desde la perspectiva positiva:

‘Cuando se cumpla la palabra del profeta, será conocido como el profeta que Jehová en verdad envió’. Y Moisés la presenta desde la perspectiva negativa: ‘Si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él’ (Deuteronomio 18:22)”. “También yo pensaba así”, dijo quedamente mi amigo. Luego prosiguió: “Bien, ¿Qué hacemos entonces con las predicciones de Elena de White que nunca se cumplieron? Por ejemplo, entiendo que en 1856 ella dijo que en alguna parte se le mostró un grupo de nuestros miembros de iglesia en una reunión. Dijo que algunos de ellos serían ‘comidas de gusanos’, otros estarían expuestos a las siete últimas plagas, y algunos estarían vivos y serían trasladados en la segunda venida de Cristo. ¿Está viva todavía algunas de las personas que asistió a esa reunión?”

“Que yo sepa, no”, contesté. “El último sobreviviente conocido murió en 1937, a los 83 años de edad. Su nombre era Guillermo White, y era un bebé en brazos en ese tiempo. Su madre, Elena de White hizo la predicción.”

“Eso es lo que oído. Bien, ¿Cómo maneja Ud. el hecho, a la luz de esta prueba bíblica de un profeta, de que su predicción debe cumplirse, y si no resultara así es evidencia de que el Señor no ha hablado mediante él?”

“Lo manejo de la misma manera que con otras profecías no cumplidas de profetas verdaderos que aparecen en la Biblia”, repliqué. “De paso, trataré esto con más detalle en un momento. Pero mi política, cuando la gente me hace preguntas acerca del rol profético de Elena de White, es ir primero a la Biblia para ver cómo se resuelve la situación allí, antes de examinar a Elena de White. Como ve, deseo verla a la luz de la Biblia, no a la inversa.”

Y así comenzamos un estudio de lo más interesante sobre profecías no cumplidas de profetas auténticos y reconocidos en la Biblia. Probablemente el mejor ejemplo conocido es el de Jonás.

Luego de terminado su recorrido “submarino” en el vientre del gran pez, Jonás fue a Nínive a cumplir con el mandato del Señor. Nínive era una gran ciudad; a Jonás le tomaría tres días para abarcarla completamente. Su mensaje fue tanto simple como terminante: “De aquí a cuarenta días Nínive será destruida” (Jonás 3:4). No se ofreció ninguna esperanza, ningún compromiso, ningún elemento condicional.

Después de dar su mensaje, Jonás salió de la ciudad y encontró un lugar ventajoso desde donde podría presenciar (y saborear) la masacre de los enemigos más odiados de su nación. Jonás despreciaba enojosamente a estas personas, pues lo asirios eran los enemigos paganos más guerreros y temibles. Cuando ellos capturaban prisioneros de guerra judíos los despellejaban (les quitaban la piel vivos), a fin de arrancar cada onza de trauma que pudieran en la tortura, antes de matar a la víctima. En tales ocasiones, la muerte, cuando llegaba, era una liberación bienvenida y misericordiosa. Es perfectamente comprensible el hecho de que los judíos no sintieran amor por los ninivitas.

Aunque no había ninguna esperanza explícita en el mensaje de Jonás, los ninivitas (que podrían haber tenido algún conocimiento previo acerca de Jehová al oír de otros profetas judíos, o al leer escritos proféticos judíos), decidieron enmendar sus caminos. Expresaron su arrepentimiento en la manifestación cultural apropiada para esa época: se cubrieron de cilicio y se sentaron sobre las cenizas. Dios contempló todo esto, y con amor, y misericordia, les otorgó una postergación de la sentencia.

Mientras tanto, el profeta malhumorado se estaba poniendo cada vez más enojado en esa situación. Uno sospechaba que la causa real de esta creciente irritación no era simplemente su estrecha lealtad judía chauvinista, sino más bien el temor de que la noticia de este nuevo suceso pudiera llegar a Jerusalén antes que él.

Jonás puede haber estado más preocupado acerca de su reputación profesional, como profeta, que acerca de sus 120.000 “convertidos”. ¡En lugar de desear que fueran bautizados por agua, deseaban que fuesen incinerados por el fuego! Quizás tenía miedo de que al regresar a Jerusalén, los niños que juegan en la calles le cantaran por detrás: “Jonás es un falso profeta, Jonás es un falso profeta”. ¿Por qué? Porque su predicción no se cumplió.

Resulta de interés que, al hacer una nota de pie de la página de la historia, aprendemos que algunos siglos después de este suceso, los ninivitas se “arrepintieron” de su arrepentimiento inicial (véase 2 Corintios 7:10), y retornaron a sus caminos anteriores. Dios, entonces, se “arrepintió” de su perdón, y envió la destrucción advertida originalmente por Jonás.

Pero, ¿fue Jonás confirmado como “verdadero” profeta 200 años *ex post facto*? No, de ninguna manera. Si los ninivitas nunca hubieran sido destruidos posteriormente, Jonás igualmente sería considerado como verdadero profeta, aun cuando su predicción no se haya cumplido.

¿Cómo? Por el elemento condicional que existe en algunas profecías, sea en forma explícita o implícita. Un indicio de esto se encuentra tan temprano como en el 950 A.C., cuando el profeta Azarías le indicó al rey Asa: “Jehová estará con vosotros, si vosotros estuviereis con él; y se le buscareis, será hallado de vosotros, más si le dejareis, el también os dejará” (2 Corintios 15:2).

Más al punto todavía llega el interesante y significativo hecho de que en ambos libros de la Biblia donde se requiere la prueba del cumplimiento, este elemento condicional está declarado también en forma explícita.

Diez capítulos antes de proporcionar la prueba del cumplimiento:

En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar. Pero si hiciere lo malo delante mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerle” (Jeremías 18: 7-10).

Moisés también, en Deuteronomio, se refiere repetidas veces al elemento condicional.^{cxxxvii[137]}

Algunos han pensado que ésta era una manera de salvar las apariencias para mantener la reputación profesional de un profeta, frente a las evidencias adversas como el no cumplimiento de predicciones,^{cxxxviii[138]} pero no lo es. Este es un principio bíblico. Uno no necesita un nivel avanzado de teología para ser capaz de distinguir qué clases de profecías están sujetas al elemento condicional, y cuáles no.

Podríamos citar a otros ejemplos bíblicos de profecías no cumplidas, dadas por profetas auténticos y legítimos. La categoría que viene más rápidamente a la mente es la de una multitud de predicciones hecha por una media docena de profetas del Antiguo Testamento sobre la honra y la gloria nacional de Israel: predicciones acerca de la misión mundial de Israel y la convocación de los gentiles, el reposo eterno en Canaán y la liberación de los enemigos políticos.

Algunas de estas predicciones se cumplieron secundariamente mediante el “Israel espiritual” (la Iglesia Cristiana), y otras pueden cumplirse fundamentalmente para los cristianos, cuando el pecado y los pecadores sean destruidos luego del juicio final. Pero

a pesar de estas excepciones, la mayoría de estas profecías no se cumplieron en los tiempos bíblicos, no se están cumpliendo hoy, y nunca se cumplirán.^{cxix[139]}

¿Decimos entonces que los profetas que hicieron estas predicciones, destacándose Isaías, Jeremías, Ezequiel, Joel, Sofonías y Zacarías, eran falsos profetas? No. Tampoco decimos, como quienes sostuvieron la teoría del rapto secreto, que estas profecías se cumplirán en nuestro propio tiempo. Estos últimos expositores verdaderamente han edificado toda teología sobre un malentendido del elemento condicional de la profecía, y proponen como principio un cumplimiento en los últimos días, a fin de que los escritores del Antiguo Testamento pueden ser confirmados como profetas confiables y auténticos del Señor.^{cxl[140]}

Un vistazo a la visión sobre la “comida de gusanos”

Volvamos ahora a Elena de White y la visión de la “comida de gusanos”, para descubrir los hechos de este caso. Hacia fines de mayo de 1856, miembros y obreros denominacionales de una iglesia que estaba todavía a cuatro años de adoptar un nombre corporativo, asistieron a una asamblea en Battle Creek. Los asistentes llegaron a la asamblea desde diversos puntos del este y del medio oeste de los Estados Unidos, y desde Canadá. La asamblea comenzó el viernes 23 de mayo por la tarde, y finalizó el lunes 26 de mayo. Durante el sábado, la asistencia fue tan grande, que fue necesario dejar la modesta capilla que entonces servía a los adventistas, e ir por la calle hasta una gran carpa levantada para alojar a la multitud.

En la mañana del martes 27 de mayo se llevó a cabo otro encuentro, esta vez detrás de la capilla, al cual asistieron mayormente obreros que todavía estaban en Battle Creek. Fue en esta ocasión que la Sra. White entró en visión, y le fueron mostrados algunos de los que habían asistido a la asamblea del 23-26 de mayo.

El informe de esta visión se encuentra en *Testimonies for the Church*, tomo 1, páginas 127-137, que aún es publicado por la iglesia, aunque algunos críticos sostienen que ésta intenta esconder las predicciones no cumplidas de la Sra. White.

A propósito, cierto número de personas interesadas compilaron listas en forma cuidadosa de los nombres que asistieron a la asamblea. Algunas de estas listas se conservan todavía en el Patrimonio Elena de White, en las oficinas de la Asociación General. Estas circularon activamente entre los adventistas de los primeros días, J. N. Loughborough cuenta, en una carta escrita en 1918, acerca de dos pastores, un “Hno. Nelson” y Jorge Amadon, quienes en 1905 llevaron una de esas listas a Elena de White para ver si ella podía añadir algunos nombres que ellos habían olvidado.

Se registra que la Sra. White les dijo: “¿Qué están haciendo?” Y cuando se les explicó el propósito de la lista –mostrar la cercanía de la venida de Jesús, puesto que muy poco de los asistentes todavía vivían- la Sra. White preguntó que uso se le daría a la lista. El hno. Nelson respondió: “Voy a hacer imprimir copias y las enviaré a todo nuestro pueblo”.

La contestación inmediata de la Sra. White fue: “Entonces deténgase justo donde está. Si ellos obtienen esa lista, en lugar de trabajar para dar avance al mensaje, estarán examinando la ‘Review’ cada semana para quien ha muerto”. Loughborough, al relatar la historia, concluyó con la observación de que Elena de White objetó el uso de este hecho como una “señal de los tiempos”.^{cxli[141]} Ella, obviamente, reconoció el elemento condicional de la visión, y el hecho de que la Iglesia Adventista del séptimo Día no lo había identificado.

¿Fue explicado el elemento condicional en el testimonio del ángel a Elena de White en la visión de 1856? No. Pero tampoco lo fue en el testimonio de Jonás, cuando caminó tres días a través de aquella ciudad “grande en extremo”, Nínive. En ambos casos, no obstante, el elemento condicional estaba explícito.

Desde tan temprano como 1850, hasta tan tarde como 1911,^{cxlii[142]} los escritos de Elena de White reiteradamente sugieren que si la Iglesia Adventista del Séptimo Día hubiera hecho su trabajo, “se habría completado la obra y Cristo habría venido”.^{cxliii[143]}

Elemento condicional es expuesto en algunas profecías, tanto en la Biblia como en los escritos de Elena de White. Aceptarlo en uno o rechazarlo en otro es inconsecuente e irracional.

En verdad, hay algunas profecías dadas por profetas bíblicos auténticos y legítimos que no se cumplieron, pero la existencia de tales profecías no necesariamente desacreditada al profeta que las hizo. En los escrito de Elena de White también hay profecías no cumplidas, y la iglesia nunca ha negado (ni ha tratado de esconder) este hecho al público. Quienes estudian los escritos proféticos no debieran pedir más de Elena de White de lo que pedirían de los profetas bíblicos.

Errores sin trascendencia en detalle menores

En los escritos inspirados, antiguos y modernos, hay errores sin trascendencia de detalles menores e insignificantes. Esto es verdad con respecto a la Biblia, así como también con respecto a los escritos de Elena de White. Estos errores (en verdad todos ellos juntos) no afectan a la conducción de la iglesia de Dios, al destino eterno de una sola alma, ni a la pureza de ninguna doctrina. Que el Espíritu Santo podría haber corregido estas pequeñas equivocaciones, uno no lo puede poner seriamente en duda. El, obviamente, decidió no hacerlo, probablemente porque el error no era vital en cuanto al mensaje o al propósito de la inspiración.

Consideremos primero la Biblia. Tal como señalamos en el capítulo 1, el escritor del primer evangelio nos informa (en Mateo 27:9, 10) de una profecía mesiánica escrita siglos antes del nacimiento de Cristo, que declaraba que Cristo sería traicionado por treinta piezas de plata. Mateo le atribuye esa profecía a Jeremías.

Mateo se equivocó. El escritor no era Jeremías, sino Zacarías (Cap. 11:12, 13).

También señalamos las leves discrepancias entre los escritores de los cuatro evangelios con respecto a la fraseología exacta del escrito redactado por Pilato y colocado en la cruz por sobre la cabeza de Cristo. Mateo hace una lista de los milagros de Cristo en un orden diferentes al de Lucas, aún cuando ambos escritores emplean las diferentes maneras el Sermón del Monte –Mateo como el bosquejo de un sermón, y Lucas como una herramienta evangelística, para demostrar las verdades enseñadas por Jesús.

Podría también mencionarse el hecho de que en Números 10:29 se presenta a Hobab como el cuñado de Moisés, en tanto que en Jueces 4:11 se lo identifica como el suegro. El autor de 1 Samuel 16:10 y 11 identifica a David como el octavo hijo de Isaí, mientras que el autor de 1 Crónicas 2:15 dice que David era el séptimo hijo. Lucas 3:36 menciona a Cainán en la genealogía de Jesús, un personaje que no se lo menciona en Génesis 11:12. La consideración que hace Pablo de la rectificación del primer pacto en Hebreos 9:19 no está totalmente en armonía con la de Éxodo 24:3-8.

No hemos agotado la lista de errores sin trascendencia en detalles menores e insignificantes. El punto que destacamos aquí es simplemente que el “tesoro” de las buenas nuevas de Dios es transmitido a la humanidad en “vasos de barro”, y que estos

vasos de barro —el envase— contienen equivocaciones, errores, discrepancias, llámeselos como Ud. desee, que de ninguna manera niegan la inspiración divina del material ni la autoridad divina que hay detrás de los mensajes.

Elena de White está en la misma tradición que los escritores bíblicos. En sus escritos también afloran aquí y allá los mismos tipos de errores que se encuentran en la Escritura. Algunos fueron mencionados en la introducción de este capítulo. Otros podrían ser citados también.

Precisamente después del comienzo de este siglo un obrero en California del Sur intentaba justificar la pérdida de confianza en la inspiración de los Testimonios debido a la inconsecuencia de una carta de Elena de White. Es esta carta la Sra. White de las cuarenta habitaciones del Paradise Valley Sanitarium [Sanatorio Valle del Paraíso] cerca de San Diego, y en realidad había treinta y ocho habitaciones. El hombre aparentemente creía que si hubiera cualquier imprecisión de detalles en cualquiera de los escritos de aquel que pretende tener la inspiración profética, tal imprecisión negaría la pretensión, y su confianza en Elena de White se vio seriamente perjudicada.

En respuesta a esto Elena de White comentó:

La información dada concerniente al número de habitaciones del Sanatorio Valle del Paraíso fue proporcionada no como una revelación del Señor, sino simplemente como una opinión humana. Nunca se me ha revelado el número exacto de habitaciones de cualquiera de nuestros sanatorios; y el conocimiento que he obtenido de tales cosas lo he adquirido preguntando a aquellos que se suponen que saben...

Hay ocasiones en que deben mencionarse cosas comunes, deben ocupar la mente pensamientos comunes, deben escribirse cartas comunes y dar información que ha pasado de un obrero a otro. Tales palabras, tal información, no son dadas bajo la especial inspiración del Espíritu de Dios.^{cxliv[144]}

El 14 de junio de 1906 Elena de White le escribió una carta a un hermano de iglesia que le había escrito a ella anteriormente en cuanto a la inspiración de los Testimonios:

En su carta, Ud. habla de que fue instruido desde niño en tener fe implícita en los testimonios, y dice: “fui inducido a concluir y creer con toda firmeza que cada palabra que Ud. habló en público o en privado, que cada carta que Ud. escribió en cualquier circunstancia, y en todas ellas, fueron tan inspiradas como los diez mandamientos”.

Mi hermano, Ud. ha estudiado mis escritos diligentemente, y nunca ha encontrado que yo haya pretendido algo semejante, ni tampoco encontrará que los pioneros de nuestra causa jamás pretendieron eso.^{cxlv[145]}

Cuando la Sra. White escribió acerca de la matanza de San Bartolomé en la edición de 1888 en *El conflicto de los siglos*, mencionó de paso que fue el repique de la campana del palacio del rey Carlos IX de París lo que constituyó una señal para comenzar la destrucción injustificada que costó las vidas de decenas de miles de miles de hugonotes protestantes franceses el 24 de agosto de 1572.

Luego de que el libro estaba en impresión alguien cuestionó la exactitud de la declaración, sugiriendo en su lugar que pudo haber sido la campana de la iglesia de San

Germán cruzando la calle del palacio. Aún otro dijo no, fue la campana del Palacio de Justicia a la vuelta de la esquina del palacio real.

En la edición revisada de 1911, Elena de White redactó nuevamente la declaración para que diga simplemente: “El tañido de una campana, resonando a medianoche, dio la señal de degüello”.^{cxlvi[146]} El asunto no era la identidad de la campana; fueron los sucesos de aquella noche los que eran importantes.

La equivocación de Mateo al atribuir la profecía mesiánica de las treinta piezas de plata a una fuente equivocada (Jeremías en lugar de Zacarías) fue repetida por Elena de White en un artículo de la *Review and Herald* faltando menos de dos años para su muerte. Ella escribió: “‘El amor de Cristo nos constriñe’, declaró el apóstol Pedro”.^{cxlvii[147]} Ella estaba citando, por supuesto, 2 Corintios 5:14, y la atribución debiera haber sido para Pablo, no Pedro.

Las fechas presentan problemas especiales. En dos de sus libros publicados^{cxlviii[148]} la Sra. White menciona que se encontró con su esposo Jaime en Wallings Mills, Colorado, el “lunes 8 de agosto” de 1878. Este obviamente fue un error de pluma, pues en ese año el lunes cayó en el 5 de agosto, no en el 8.

Hay otro problema con las fechas de una seriedad mayor, el cual es malentendido por algunos, y considerado por un crítico como un argumento imbatible para disminuir la naturaleza y la calidad de inspiración de Elena de White.

En una postdata de tomo 2 de *Spiritual Gifts* [Dones espirituales], Elena de White escribió esta declaración y apelación bastante inusual: “Se solicita en forma especial que si alguno encuentra declaraciones incorrectas en este libro me informa inmediatamente. La edición será completada alrededor del primero de octubre; por la tanto envíelas antes de esa fecha”.^{cxlix[149]}

“¿Puede Ud. imaginar, -exclama algún crítico- al apóstol Pablo colocando una postdata en una de sus epístolas, diciendo a los miembros de esa iglesia que si encuentran algo equivocado en la epístola se lo hagan saber por escrito antes de que se la imprima y se las envíe a todas las iglesias?”

¿Cómo debería entenderse esta inusual declaración?

En primer lugar, el tomo 2 de *Spiritual Gifts* [Dones Espirituales] era un relato autobiográfico de las experiencias de Jaime y Elena de White desde 1844 hasta 1860. El doble propósito al escribir esta obra estaba explicitado en el prefacio del libro [y por lo tanto muy probablemente haya sido pasado por alto por el crítico; aparentemente muy pocas personas leen el prefacio de *cualquier* libro):

a. Elena de White simplemente procuraba rebatir las acusaciones hechas por el mormonismo, especialmente en el “oeste”. En marzo de 1860 cierto hombre de Knoxville, Iowa, decía haber conocido a Jaime y Elena de White veinte años antes cuando presuntamente eran dirigentes de la colonia mormona de Nauvoo en Illinois. (Veinte años antes Elena de White era una jovencita soltera de 12 años; ella llegaría a conocer a Jaime recién cinco años más tarde).

b. Elena de White procuraba también afirmar la fe de los creyentes. Desde 1844 había transcurrido unos dieciséis años. Ahora había fruto evidente en la vida de otros y también en la vida de Jaime y Elena de White. Las últimas diez páginas de esta obra especial están llenas de testimonios personales de diferentes creyentes adventistas sobre la exactitud de las declaraciones hechas en el texto en cuanto a su condición física en visión, su reestablecimiento de la enfermedad, y la naturaleza de las herejías que encontraron los esposos White al comienzo, aparte de la refutación de calumnias hechas contra el liderazgo.^{cl[150]}

A lo largo del prefacio, además, se encuentra este indicio que explica la solicitud bastante extraña de informar sobre “declaraciones incorrectas”:

Al preparar las siguientes páginas he trabajado bajo grandes desventajas, puesto que en muchos casos he tenido que depender de la memoria, no habiendo conservado un diario sino hasta pasados algunos años. En algunos casos he enviado los manuscritos a amigos que estaban presentes cuando sucedieron los hechos relatados a fin de que los examinen antes de imprimirlos. He tenido gran cuidado, y he empleado mucho tiempo en procura de manifestar los simples hechos correctamente como fuese posible.^{cli[151]}

Al escribir este relato biográfico, la Sra. White contó en gran parte con las fechas de cartas recuperadas de la familia Stockbridge Howland de Topsham, Maine. Ellos habían cuidado a su hijo Henry durante cinco años mientras Elena viajaba con su esposo Jaime. Elena les había escrito frecuentemente a los Howland mientras ella y su esposo iban de un lugar a otro.

Una posible evidencia de que la extraña solicitud haya dado frutos es el hecho de que se alteraron dos fechas que aparecían en el tomo 2 de *Spiritual Gifts* de relatos históricos paralelos de la pluma de la Sra. White en publicaciones posteriores:

En el primer relato de la serie inicial de conferencias proféticas de Guillermo Miller en Portland, Maine, la fecha dada es simplemente 1839, y la fecha de la segunda serie fue dada simplemente como 1841.^{cliii[152]}

Un relato paralelo, sin embargo, corrige las fechas de la primera serie a marzo de 1840,^{cliii[153]} y la segunda serie para junio de 1842.^{cliv[154]} En estos relatos posteriores se preserva el espacio de dos años, pero las fechas se ajustan en un año en cada caso.

¡Elena de White ciertamente no estaba solicitando a ningún lector que corrija algún mensaje que ella haya recibido por parte del Señor! Por lo tanto es incorrecto dar esa impresión, tal como lo han hecho algunos críticos.

Quizás baste un ejemplo más en cuanto a las imperfecciones de los “vasos de barro” como “envoltorio” del mensaje profético, para mostrar que Elena de White (al igual que los escritores bíblicos que le precedieron) era totalmente humana y estaba sujeta a simples errores que el Espíritu Santo nunca se tomó la molestia de corregir (aunque fácilmente podría haberlo hecho).

Elena de White mantuvo correspondencia con un colportor llamado Walter Harper, por más de veinte años. En una carta ella le pedía prestado mil dólares, ofreciéndole del cuatro al cinco por ciento de interés por el período del préstamo^{clv[155]} (al par que los bancos de aquella época estaba ofreciendo solamente del tres al cuatro por ciento; esto es una evidencia más contra la acusación de “explotación”).

El 9 de noviembre de 1906, la Sra. White le escribió una carta al Hno. Harper en un estado de gran agitación. Su preocupación y desconcierto son del todo evidentes, se escurren en casi cada línea de página.

Harper había escrito solicitando la copia de un testimonio que Elena de White originalmente había enviado al Presidente de la Asociación General, George I. Butler que aparentemente ya era bien conocido en el campo. No era raro que estos tipos de cartas cuasi-públicas circularan libremente entre los miembros de la iglesia en general, durante esa época.

Después que la carta había sido despachada, la Sra. White ¡descubrió para su consternación que había enviado la carta equivocada! Al escribirle al colportor Harper, ella le recuerda en primer lugar que lo que le enviaba era “mi especial propiedad personal”, solicitándole luego su devolución inmediata, e indicándole que no haga de

conocimiento público el asunto y que si lo había visto otras personas, se les debiera comunicar la importancia de la confidencialidad.

Ella concluye indicándole al Hno. Harper que tampoco haga una copia de la carta antes de devolvérsela, porque ahora tenía la carta que originalmente había intentado enviarle.

Aunque obviamente estaba perturbada por la equivocación, ella no vaciló en hablar de “lo hecho equivocadamente”, admitiendo (como lo hizo siempre que se le preguntó en forma directa) que era humana, y que estaba sujeta a las flaquezas de la naturaleza humana.^{clvi[156]}

La “mayor seguridad” de la inspiración no alcanza a excluir (como sugiere equivocadamente la teoría de la “camisa de fuerza”) la posibilidad de que el profeta cometa errores secundarios. Únicamente cuando dichos errores afecten (a) la dirección de la iglesia de Dios, (b) el destino eterno de un alma, o (c) la pureza de una doctrina, el Espíritu santo intervendría para remediar la situación en forma inmediata mediante el profeta, de modo tal que no se produzca ningún daño permanente.

Asuntos de importancia menor

En algunas ocasiones, los profetas antiguos y modernos cometieron equivocaciones mayores que requirieron la corrección inmediata del Espíritu Santo. Probablemente el ejemplo más destacado en las Escrituras sea el incidente registrado en 2 Samuel 7 y 1 Crónicas 17.^{clvii[157]}

Un día, el rey David llamó a Natán, un profeta literario no canónico (sobre quien se habla más en el tercer capítulo), para manifestarle su preocupación por la falta de un edificio apropiado que albergue el arca del pacto y los demás enseres del ritual judío, los cuales se remontaban al Sinaí y a la tienda del tabernáculo mosaico.

En lo que probablemente fuera un gesto generoso, David sugirió que se construya un edificio apropiado, en especial porque ahora el rey mismo vivía en un suntuoso palacio. Quizás indicó que este edificio, digno de la adoración de Jehová, debía de ser de tal escala de magnificencia, que cualquier gentil que viajara dentro de los cien kilómetros en torno a Jerusalén se desviara para ver esta maravilla del mundo antiguo.

Pensando quizás en el tremendo costo del edificio tal, y posiblemente con algunos presentimientos acerca de la posibilidad de que se le pida salir para dirigir una campaña para levantar fondos, Natán demostró cierta resistencia. Y muy posiblemente sintiendo esta resistencia, David sugirió además que él, el rey, pagaría todos los gastos con su tesoro real.

De cualquier forma, Natán ahora se llegó a entusiasmar tanto como el monarca, y dio su aprobación incondicional al proyecto.

Esa noche, cuando Natán regresó a su hogar, Dios vino a él y le dijo, efectivamente, que no había presentado acertadamente la voluntad de Jehová al poner el sello profético sobre la propuesta del rey. Natán debiera haber consultado con la “oficina central” antes de aprobar el proyecto.

Se le indicó que retornara al rey al día siguiente, y le dijera que Dios apreciaba la generosidad que había motivado un plan tan magnífico, pero que no era la voluntad de Dios que David edificase el templo. Este, en cambio, sería de Salomón, pues David había sido un hombre de guerra, un hombre de matanzas.

David podría dibujar los planos y los detalles, podría emplear a los contratistas y artesanos, e incluso podría suministrar el dinero para el pago de todo esto. Pero el templo sería de Salomón, no de David.

Probablemente un poco avergonzado, Natán valientemente fue otra vez al rey al día siguiente, para informarle sobre las modificaciones celestiales del plan real. Y David, “un varón conforme a su corazón” (al de Dios), consintió y dijo: “Así sea”. Y así fue.

En los tiempos modernos, el profeta más reciente del cual hay registro, Elena de White, tuvo algunas experiencias en las que tomó posiciones contrarias a la voluntad de Dios, y la situación resultó lo suficientemente seria como para que Dios intervenga para corregir el asunto, obrando nuevamente mediante el profeta para concretar ese fin.

Uno de esos incidentes fue la resolución del problema del horario adecuado para comenzar la observancia del sábado.^{clviii[158]} Los adventistas del séptimo día originalmente aprendieron sobre la observancia del sábado mediante la obra de adherentes bautistas del séptimo día, quienes lo observaban desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado. Algunos adventistas del séptimo día siguieron el ejemplo de los bautistas del séptimo día con respecto a esta observancia de puesta de sol a puesta de sol.

Los adventistas del séptimo día adoptaron también otras tres posiciones: (1) Algunos, en Maine, defendían la observancia desde la salida del sol del sábado hasta la salida del sol del domingo, basados en una interpretación equivocada de Mateo 28:1 (“pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana,...”). (2) Otros “legalistas” bregaron por una hora “oficial”: de medianoche a medianoche. (3) Y el tercer grupo favorecía una “hora ecuatorial”. En el Ecuador, el sol sale diariamente a las 6 a.m., y se pone a las 6 p.m. El capitán José Bates era el líder de este grupo, y tenía un fuerte apoyo en su posición de parte de Jaime y Elena White.

Después de relativamente poco tiempo no se tuvo cuidado del grupo de la salida del sol, pues en una ocasión en que Elena de White estaba en visión, oyó el ángel citar Levítico 23:22: “De tarde a tarde guardaréis vuestro reposo”. Sin embargo, la mayoría de los adventistas del séptimo día continuaron observando la hora ecuatorial.

En el verano de 1855, Jaime White le pidió a John Nevins Andrews, uno de nuestros primeros eruditos, que investigara sobre el asunto. Sus conclusiones fueron presentadas a la asamblea de la Asociación General en Battle Creek, en noviembre de ese año. Sobre la base de nueve textos del Antiguo Testamento, Andrews demostró que, en cuanto al propósito de la discusión inmediata, “tarde” y “atardecer” eran sinónimos de puesta de sol.

Casi todos los que asistieron a la asamblea aceptaron la conclusión de Andrews. Pero el formidable capitán Bates se aferró a su teoría de la hora ecuatorial. Y Elena de White (que aprendió por primera vez del sábado mediante Bates) se puso del lado de su maestro. De este modo, la reunión terminó dividida y en confusión.

Dios intervino rápidamente. A medida que esta asamblea de la Asociación General se acercaba a su fin, los asistentes se unieron en un período de oración por la prosperidad de la causa, y durante este encuentro de oración Elena de White fue tomada en visión, y se le mostró que la de la puesta del sol era la hora apropiada para comenzar la observancia del sábado. Casi todos aceptaron la luz del cielo, y nuevamente el don espiritual de profecía dio su fruto de unidad.

Para cada uno de los que estaban en la reunión resultó claro que era Dios quien estaba hablando y dirigiendo, pues Elena de White no estaba repitiendo simplemente las ideas personales que había mantenido anteriormente. Y nuevamente, la operación del espíritu de profecía en la vida y obra de la iglesia, quedó ilustrada en esta experiencia. El don de profecía nunca fue dado para iniciar, sino más bien para confirmar y corroborar si los miembros de iglesia estaban encaminados en la dirección correcta sobre

la base del estudio de la Biblia, o para corregir y volver a encauzar si es que había ido tan lejos como podían, y estaban en la dirección equivocada.

Otro incidente en el que Elena de White tuvo que cambiar completamente una posición previa, tuvo que ver con la propuesta de cerrar la Asociación Publicadora del Sur [Southern Publishing Association] en 1902.^{clix[159]}

En 1900, Elena de White regresó de Australia después de nueve años de servicio, y se estableció en el Valle Napa, en una propiedad llamada “Elmshaven”, cerca de Santa Elena, California. En 1901 partió temprano para asistir a la asamblea de la Asociación General que empezaría el 2 de abril en Battle Creek, viajando vía Nashville, Tennessee, donde su hijo Edson habían iniciado un proyecto privado de publicaciones. Aquella fue una operación de escasos recursos. Al principio, la imprenta estuvo ubicado en el granero-gallinero, y más tarde fue reubicada en la ciudad, en marzo de 1900.

Durante el día en que se inició la asamblea de la Asociación General, Elena de White escribió “Un llamado a favor de la obra en el sur” [An Appeal for the Southern Work]. Allí hablaba de la necesidad de escuelas, sanatorios, y una casa publicadora en donde pudiera producirse libros para uso de los obreros denominacionales en el sur. Hablaba de las limitadas operaciones de Edson, e instaba a los hermanos a encargarse de ellas, en vista de que se necesitaba un edificio más grande para el tipo de programa que ella tenía en mente.

Este consejo de establecer y equipar una casa publicadora grande, fue una de las perplejidades que confrontó Arturo G. Daniells, el recientemente electo presidente de la Asociación General. La iglesia ya tenía dos arriesgadas empresas publicadoras, una en Battle Creek y otra en Oakland, California. Ambas estaban en “crisis aguda”, porque en ese tiempo había poca demanda de nuestra literatura (en el campo había solamente unos pocos colportores, y estaban teniendo un éxito de término medio). Ambas casa publicadoras, efectivamente, estaban tomando una cantidad importante de pedidos de literatura comercial no adventista, para mantener la solvencia.

La comisión de la Asociación General creyó que no era el momento oportuno para encargarse de una tercera casa, cuando las otras dos apenas estaban funcionando medio tiempo, y que una decisión de ese tipo sólo serviría para precipitar más aún hacia la obra comercial a las tres casas.

Pero Daniells tenía absoluta confianza en las visiones de Elena de White, pues había trabajado con ella en Australia en la década de 1880, y persuadió a la comisión a que ratificara el plan celestial.

Luego, la Sra. White complicó más todavía la situación para los líderes de la iglesia, instando a que suspenda completamente toda obra comercial en nuestras casa publicadoras. Esto significaría tener que detener la mitad de las imprentas y despedir la mitad de los empleados, y algunos miembros de la comisión comenzaron a preguntar en alta voz si la profeta (de setenta y cuatro años en ese entonces) no estaría padeciendo senilidad. Algunos incluso pensaron que los mensajes sobre la obra de publicaciones no eran realmente inspirados por Dios.

Hacia el fin de ese año, Daniells fue a Nashville para el primer encuentro anual de la junta administrativa de la Asociación Publicadora del Sur, sólo para descubrir que durante el primer año de funcionamiento la casa había perdido 12.000 dólares, el equivalente al capital original invertido en la empresa. Se le había asegurado que ahora estaba saliendo del apuro, pero la final del segundo año y al final del tercero, la plata seguía perdiendo normalmente 1.000 dólares por mes.

Se nombró una junta examinadora, la cual visitó Nashville, y regresó con la recomendación de que se venda el equipo de imprenta a un chatarrero (la maquinaria era de segunda mano y estaba estropeada cuando se la compró, y temía que explote la

caldera en cualquier momento), y que la casa “publicadora” sea reducida a un depósito para almacenar temporalmente los libros impresos por las otras dos plantas, hasta que los necesiten los colportores.

La junta de la Asociación General le dio una prórroga más a su profeta, y envió una pequeña delegación a Elmshaven para presentar a la Sra. White los hechos indiscutibles y recibir (eso esperaban) su aprobación del plan, improvisado para salvar la nueva casa publicadora.

Reunidos con Daniells y Elena de White estaban: W. T. Knox, presidente de la recién organizada Asociación Unión del Pacífico [Pacific Union Conference], quien en 1909 sería electo tesorero de la Asociación General; W. C. White, hijo de la profeta, compañero de sus viajes y confidente; A. T. Jones, presidente de la Asociación California [California Conference], quién más tarde desertaría y se uniría a John Harvey Kellog en Battle Creek, contra el consejo de Elena de White; J. O. Corliss, pastor de California en ese entonces, el cual había abierto la obra en Australia con la profeta y Daniells; E. R. Palmer, secretario de la Asociación General; y Clarence Crisler, primeramente secretario particular de Daniells, y ahora taquígrafo de Elena de White.

Elena de White escuchó en silencio la trágica letanía de fracaso que informaban los hermanos. Estaba profundamente afligida y perpleja, en parte sin duda porque era su hijo quien había iniciado el programa, y porque ella había dado su respaldo para que la denominación se encargue de éste en un programa de extensión.

Probablemente los miembros de la junta le hayan recordado su consejo publicado recientemente:

A medida que se establezcan escuelas iglesias, el pueblo de Dios recibirá una valiosa educación al aprender a dirigir las con éxito financiero. Si esto no puede hacerse, ciérrase la escuela hasta que, con la ayuda de Dios, puedan idearse planes para sostenerlas sin que pese sobre ella el oprobio de las deudas... Debemos esquivar las deudas como esquivaríamos la lepra.^{clx[160]}

La Sra. White finalmente habló. Ella estaba de acuerdo con que la casa publicadora debía consolidarse sobre una base financiera sólida. “Si no se puede, sería mejor que se la cierre.” Presionada por una solución que no tenía, La Sra. White admitió finalmente que la casa publicadora debía transformarse en un depósito.

Fortalecido por Crisler, con una copia en su bolsillo de las palabras pronunciadas por la Sra. White, Daniells, con gran alivio, abordó en tren para Battle Creek. A su regreso convocó inmediatamente la junta de la Asociación General a una asamblea, y rápidamente votaron la cesación de la existencia de la casa publicadora como tal. Luego volvieron su atención hacia otras preocupaciones más apremiantes.

Algunos días después explotó una bomba: una carta de la Sra. White. Ahora ella aconsejaba no cerrar las operaciones de la imprenta de Nashville, sino más bien recomendaba que los hermanos laicos trazaran planes para evitar mayor endeudamiento, y que avanzaran por fe. Si se seguía el consejo del Señor, Él daría el éxito. Algo perturbada, indudablemente, ella dijo que la indicación que había dado a la junta de hermanos que la visitaron, estaba equivocada. Esa misma noche, después del encuentro, el Señor le había dado una visión mostrándole que estaba equivocada, y diciéndole cuál era el curso que realmente debía seguirse.

El 20 de octubre, el día siguiente a la reunión de la junta realizada bajo la sombra del gran cedro de Elmshaven, Elena de White le escribió a A. G. Daniells:

Anoche me pareció estar en la sala de operaciones de un gran hospital, al cual se llevaba personas, y se preparaban instrumentos para cortar sus miembros con gran premura. Vino uno que parecía tener autoridad, y dijo a los médicos: “¿Es necesario traer a estas personas a esta sala?” Mirando compasivamente a los dolientes, dijo: “No amputéis nunca un miembro hasta que se haya hecho todo lo posible por salvarlo”. Examinando los miembros que los médicos estaban preparando para cortar, dijo: “Esto puede salvarse. El primer trabajo consiste en emplear todos los medios posibles para sanar estos miembros. ¡Que terrible sería amputar un miembro que puede salvarse con paciente cuidado! Vuestras conclusiones han sido sacadas con demasiada premura. Poned a estos pacientes en las mejores piezas del hospital, y dadles el mejor cuidado y tratamiento. Emplead todos los medios que estén a vuestro alcance para salvarlos de tener que seguir inválidos e inútiles por el resto de la vida.”

Los dolientes fueron llevados a una pieza cómoda, y asistentes fieles los cuidaron bajo la dirección del que había hablado; y no hubo que sacrificar un solo miembro.^{clxi[161]}

En una carta escrita algunas semanas después, dirigida a “Mis hermanos que están en puestos de responsabilidad”, la Sra. White señaló:

“Durante la noche que siguió a nuestra entrevista en mi casa, y afuera en el césped, bajo los árboles, el 19 de octubre de 1902, acerca de la obra en el campo del sur, el Señor me ha indicado que yo había asumido una actitud equivocada”^{clxii[162]}

La profeta había errado, y el error fue lo suficientemente grave como para justificar la intervención y la corrección inmediata del Espíritu Santo a fin de que no haya daño permanente.

Otro ejemplo de cambio de posición de Elena de White viene a la mente en relación con la difusión prematura de su Testimonio N° 11. Los hermanos estaban tratando de levantar fondos para establecer el Sanatorio de Battle Creek, y sabían que Elena de White había tenido una visión sobre el asunto. Ellos pensaron. Lógicamente, que si podían usar sus consejos para organizar sus argumentos a favor del sanatorio, podrían levantar más rápidamente los fondos que tan desesperadamente necesitaban.

Así ejercieron presión sobre la Sra. White para sacar a luz el Testimonio N° 11 antes de que ella esté preparada para entregarlo a la imprenta. Ella accedió de mala gana ante la insistencia, pero más tarde se arrepintió de esto; y en el testimonio N° 12, que apareció poco después, admitió públicamente que “bajo estas circunstancias sometí mi juicio al de otros y escribí lo que apareció en el N° 11 sobre el Instituto de salud, no estando en condiciones de presentar todo lo que había visto. En esto actué equivocadamente”.^{clxiii[163]}

Explicándose con más detalle, ella dijo: “Lo que apareció en el Testimonio N° 11... no debiera haber sido dado hasta que estuviera en condiciones de escribir todo lo que había visto en cuanto a esto”.

Comparando el N° 11 con el N° 12 se aprecia que hay un pequeño (pero quizás significativo) cambio en su posición teológica con respecto a la relación entre la reforma de salud y el mensaje del tercer ángel.

En el N° 11 escribió: “Me fue mostrado que la reforma pro salud es una parte del mensaje del tercer ángel, y está tan estrechamente relacionada con él como el brazo y la mano lo están con el cuerpo humano”^{clxiv[164]} En el N° 12 escribió: “La reforma pro salud está estrechamente relacionada con la obra del tercer ángel; y sin embargo no es el mensaje”.^{clxv[165]}

Con respecto a esta presión indebida ejercida por parte de los líderes de la iglesia, Elena de White prometió que nunca más sería forzada a adoptar la posición insostenible de escribir sobre algún asunto antes que se sintiera lista para hacerlo:

Se me debe permitir conocer mi propio deber mejor de lo que otros puedan conocerlo por mí, en especial con respecto a asuntos que Dios me ha revelado. Algunos me culparán por hablar como lo hago ahora. Otros me echarán la culpa por no hablar antes... Si tardara más en hablar de lo que veo y siento sería sumamente culpada por los que piensan que debiera haber hablado antes y por los que pueden también pensar que no debiera dar ninguna amonestación. Por el bien de los que encabezan la obra, por el bien de la causa y de los hermanos, y para evitarme grandes aflicciones, he hablado con libertad.^{clxvi[166]}

Conclusión

¿Qué dicen los Adventistas del séptimo día acerca de la infalibilidad e inerrancia de los profetas? “El fin de todo discurso oído es este”:

Los escritores bíblicos no eran hombres infalibles en sí mismo. Sin embargo, el Espíritu Santo que los inspiró era infalible. Sus revelaciones (“este tesoro”) procedían directamente de un Dios infalible. Estos hombres inspirados comunicaron el mensaje como hombres falibles, utilizando el imperfecto lenguaje humano (“vasos de barro”) como el instrumento para esa comunicación.

Mientras Elena de White aún vivía, se planteó la siguiente pregunta respecto a ella: “¿Consideran los adventistas del séptimo día a la hermana White como infalible?”

La pregunta fue respondida en las páginas de la *Review and Herald* en 1863 por W. H. Littlejohn en una declaración breve y directa:

No. Tampoco creen que Pedro o Pablo fueron infalibles. Ellos creen que el Espíritu Santo que inspiró a Pedro y a Pablo era infalible. También creen que la Sra. White de tiempo en tiempo recibía revelaciones del Espíritu de Dios, y que las revelaciones que se le dieron mediante el Espíritu de Dios son tan confiables como las revelaciones dadas por el mismo Espíritu a otras personas.^{clxvii[167]}

La organización religiosa Adventista del Séptimo Día aún hoy sostiene que Elena de White era confiable, digna de crédito, y autoritativa como un profeta del Señor.

La iglesia mantiene que ella fue inspirada del mismo modo y en el mismo grado que los profetas de la Biblia, ni los consideramos como un agregado al canon sagrado de la Escritura.

En el capítulo III se expondrá más plenamente esta posición al presentar “la relación correcta entre los escritos de Elena de White y las Escrituras”.

Nosotros también, como Pedro, podemos declarar con valor y confianza: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cuál hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones.” (2 Pedro 1:19)